

17 de junio de 2007

Entrevista / De la legalidad a la violencia

Gilles Lipovetsky, Michel Onfray, Michel Maffesoli y Vicente Verdú. Protestas ciudadanas

Auxilio Alcantar

La toma del espacio público por parte de los ciudadanos para exigir acciones del poder, expresar descontento o hacer valer sus derechos es una práctica común alrededor del mundo, pero algunas veces se sale de control. Los franceses Gilles Lipovetsky, Michel Onfray y Michel Maffesoli, y el español Vicente Verdú analizan este fenómeno global, sus aspectos positivos y negativos, así como las razones de la violencia.

Gilles Lipovetsky

Derecho a la oposición

El derecho a la oposición corresponde a uno de los grandes principios de la democracia, pero éste no significa el derecho a la subversión, expresa Gilles Lipovetsky.

"Las manifestaciones en las ciudades tienen como fin llamar la atención, hacerse escuchar, hacer presión para modificar leyes o costumbres", señala el pensador francés. "Protestar, manifestarse es una cosa; destruir, agredir a la gente, cometer actos de violencia o de vandalismo, es otra".

Lipovetsky asegura que es necesario analizar el fenómeno, pero eso no quiere decir justificarlo.

"En los últimos años y en diversos países vemos formas de manifestación que terminan en fuego, vitrinas rotas o saqueos. En una democracia digna de este nombre ese tipo de cosas no son justificables".

¿Cómo puede explicar este fenómeno?

Es complejo decirlo. Hace dos años, Francia vivió enfrentamientos en los barrios desfavorecidos de la periferia parisina, que duraron casi un mes. Los jóvenes quemaban coches, atacaban a la policía, destruían. Una forma de revuelta un poco salvaje. Eso se explica por el desempleo, el sentimiento de ser explotado, de no ser respetado y, sobre todo, el de no tener confianza en

una fuerza política, un partido que ofrezca alternativas. La violencia se desencadenó de manera brutal y sin verdaderas perspectivas. Pienso que esa es la novedad de la nueva violencia social, no está dirigida, el fin no es buscar otro tipo de sociedad.

En mayo de 1968 hubo también confrontación con la policía, pero era otro tipo de protesta, ¿no?

En mayo del 68 era diferente porque había un imaginario, una mitología de la revolución. El sueño de salir del capitalismo y buscar una vida diferente. Había una utopía, se quería mejorar este mundo o construir otro diferente, que no fuera burocrático ni capitalista. Las formas de violencia que vemos hoy no tienen nada que ver con lo otro, no hay sueño que acompañe la protesta, no hay mitología, ni modelos alternativos.

Las agitadas manifestaciones de mayo del 68 fueron realizadas por los estudiantes mientras que las últimas en Francia fueron encabezadas por jóvenes que no tienen trabajo, en barrios desheredados donde no hay perspectivas de futuro, y donde esos jóvenes se sienten despreciados por la policía. En mayo del 68 era una revuelta con conciencia política. En esta última sólo había rencor, una rabia que no se acompañaba de ningún programa, de ningún ideal, en todo caso colectivo.

¿Cuáles son los límites de la protesta?

Manifestarse no es el problema, el problema viene cuando se pasa a la destrucción. En noviembre del 2005, por ejemplo, hubo 21 días de disturbios. Diez mil vehículos incendiados, 56 policías heridos. El costo de los daños fue de 200 millones de euros.

La protesta se convierte en vandalismo cuando se rompen vitrinas, se destruyen comercios, se agrade a la gente, se queman autos y todo eso para nada. A veces esas protestas radicales tienen un carácter lúdico; en cierto sector de la juventud, el grupo se divierte atacando a la policía, hay placer en romper, quemar, sembrar caos, desorden. Las expresiones de esos jóvenes hallan satisfacción, más allá del odio contra la policía, en el vandalismo.

Romper cosas y atacar a las fuerzas del orden significa vengarse, mostrarse como alguien fuerte dentro de su pequeño mundo. Eso da un cierto reconocimiento a individuos que no tienen otro medio de obtenerlo. También está la dimensión de imitación, entre los barrios se trata de saber cuál es el más fuerte. Hay una suerte de emulación de vandalismo mimético.

¿Y del vandalismo puede pasarse a la barbarie?, ¿usted calificaría estos actos de barbarie?

En los ejemplos que acabamos de citar yo no hablaría de barbarie, sino de protestas violentas, salvajes y hasta de vandalismo. La barbarie para mí implica una relación con las personas.

Pero se incendió un autobús con pasajeros adentro. Una mujer resultó

quemada en un 70 por ciento, y el chofer manejó con el autobús en llamas para alejarlo y evitar una catástrofe mayor.

En ese caso sí, pero afortunadamente fue excepcional. La diferencia radica en que el vandalismo se ejerce contra las cosas y la barbarie, contra las personas. Hay también otras formas de barbarie en nuestra sociedad: La violación de mujeres por un grupo, violaciones filmadas y transmitidas luego por Internet, niños que torturan a otros infantes. La barbarie está también en Estados Unidos con los adolescentes que acribillan a sus compañeros. La barbarie es el efecto de individuos que no integraron los valores de la época, y por ello la violencia sube a esos extremos. Pero no puede hablarse de barbarie en las manifestaciones contra las leyes o la policía.

¿Cree que después de esas protestas violentas pueda volverse a manifestaciones más calmadas, pacifistas?

No lo creo. Pienso que habrá cada vez más manifestaciones violentas y en su mayoría realizadas por jóvenes. Antes había manifestaciones de la fuerza obrera, los que protestaban eran adultos, era una revuelta de clases. Ahora son revueltas de minorías, de etnias, de color, de barrios.

Usted conoce México, ¿qué piensa de ese país en relación al tema?
Creo que las dos sociedades son muy diferentes, yo conozco México, pero no bien, y no soy experto en lo que pasa allí. Por otra parte, el concepto de violencia es muy complicado, hay que hacer distinciones porque es un término muy peligroso. Hay una diferencia entre quemar autos o matarse por la droga, asesinar, violar mujeres. Todo eso es violencia, pero no es la misma. No se puede hacer una amalgama. Pienso también que hay una forma de violencia ligada a las mafias y la droga, eso existe en todos los países, Colombia, México, Francia y Estados Unidos. Existen bandas que se enfrentan para ganar el mercado. En Estados Unidos hubo enfrentamientos armados en la década de los 90 entre bandas que se mataban con ese fin. Por causa de la droga hay una violencia salvaje.

Michel Onfray

La violencia por la violencia

En las grandes ciudades se vive en el anonimato, hay millones de personas y la gente no se conoce, lo que permite que una persona pueda ser extremadamente violenta si se esconde tras una máscara, velo o capucha, señala en entrevista el filósofo francés Michel Onfray.

"Se puede golpear a un semejante, romper, destruir, incendiar autos y desaparecer rápidamente entre las calles, el metro", agrega. "El anonimato es la posibilidad de destruir sin ser identificado".

Explica que en los pueblos todo el mundo se conoce, se vive bajo la mirada de los otros; el anonimato no existe, la policía está hecha por la mirada de los otros.

"Por eso las ciudades son los lugares de predilección para las revueltas", expresa Onfray.

¿Cuáles son los límites de la protesta?, ¿cuándo es cultura, cuándo es política, cuándo es vandalismo?

Es difícil definir hasta dónde una protesta es cultural o política, yo creo que están íntimamente relacionadas. La cultura, si sólo es acto de contemplación sin efectos prácticos no tiene ningún interés, y los efectos prácticos de la cultura son efectos políticos.

Respecto a lo otro, yo no estoy contra el uso de la violencia; sin embargo, pienso que ésta debe ser legítima y legitimada. Tengo gran respeto por el movimiento de "resistencia" en la época de la ocupación alemana. Me parece que cuando los "resistentes" recurrían a la violencia tenían razón, era legítimo. Es válido utilizar armas o matar legítimamente cuando se trata de deshacerse del terrorismo nazi o de la barbarie nazi. Matar a sabiendas de que se aniquila a bárbaros nazis que son identificados como tales, pero nunca a víctimas inocentes. Eso es lo que distingue la resistencia del terrorismo. La resistencia armada es legítima cuando es justificable por alguna razón: liberar su país, luchar contra una dictadura, una tiranía, una barbarie. Sin embargo, en una democracia, la lucha armada no es defendible. En una democracia se tienen los medios para expresarse, combatir con ideas, defender sus posiciones, hacer avanzar la concepción del mundo sin tener que recurrir a la metralleta, al terror o terrorismo.

Tengo la impresión de que hemos pasado de manifestaciones político-culturales pacifistas, a protestas cada vez más violentas, ¿qué opina usted y cómo lo explicaría?

Hace dos décadas hubo la posibilidad de una alternativa política en Francia: La derecha estaba en el poder desde hacía mucho, la izquierda nunca había gobernado y la gente pensaba que con la izquierda en el poder las cosas mejorarían. Algunos creían en el comunismo, otros en el reformismo socialista.

Sin embargo, pasaron muchas cosas. A nivel internacional, asistimos al fracaso del comunismo soviético, la caída del Muro de Berlín en 1989, la constatación de que el marxismo-leninismo no era defendible y vino una gran desilusión.

A nivel interno, la desilusión se dio con el acceso al poder de François Mitterrand en 1981, una izquierda socialista y reformista que pronto se convirtió en socioliberal. Para nada socialista ni de izquierda, con un manejo del capitalismo peor que el de la derecha. Cuando la derecha dirigía, la izquierda salía a las calles a manifestarse, pero cuando la izquierda gobernaba, los socialistas no protestaban y los sindicalistas se callaban. Yo constato que el liberalismo es más violento en un régimen de izquierda liberal que en uno derecha liberal. La desilusión marxista-leninista aunada a la del socialismo liberal ha hecho que reine una especie de desesperanza, que conduce a la gente a recurrir a la violencia. Recurren a la violencia porque intentaron ya todo lo que parecía ser alternativa. Estamos frente a un nihilismo puro, y por eso el deseo de destruir y romper. La gente que destruye o que despedaza las cosas no tienen ningún proyecto político de reconstrucción, sólo quiere destruir. Esos actos no se cometen en nombre de una alternativa política.

¿A esto se debe lo que pasó en Francia hace dos años?

Creo que el modelo republicano francés no ha evolucionado. La República del siglo 19 se dice integradora de razas y color, pero preferiría que los negros fueran blancos; acepta que haya homosexuales, pero pide que se comporten como heterosexuales y escondan su homosexualidad. Esto hace que mucha gente se sienta violentada y brutalizada por la república. El modelo republicano es finalmente negador de diferencias y diversidad.

La población nacida de la inmigración -me refiero a la segunda generación- es una población que no fue integrada en Francia. Es una generación que enfrenta condiciones de vida difíciles: el urbanismo en esos barrios es catastrófico, no hay empleo, la gente no tiene dinero y debe arreglárselas como puede, por ello la economía paralela de la droga.

Cuando el actual Presidente, Nicolas Sarkozy -que en aquella época era ministro del interior-, quiso dismantelar las economías subterráneas de la periferia se vio confrontado a una tremenda guerra de dealers y mafias. Ese es el verdadero antecedente de los incendios de hace dos años.

Muchas cosas jugaron para que los disturbios alcanzaran la magnitud que vimos: el modelo político no integrador, el racismo, la crisis del liberalismo que hace difícil encontrar trabajo, la economía de subsistencia, la delincuencia y la droga. Cada uno de estos ingredientes, aislado, no genera explosión, pero si se mezclan se crea una verdadera bomba, y eso fue lo que ocurrió.

La televisión mostró los actos violentos, las bandas rivales utilizaron la información para hacer más de lo que hacía el barrio vecino, y la subasta mediática aumentó. Esto hizo que los barrios se mimetizaran en violencia, el llamado efecto dominó.

En una ciudad como París, ¿puede pasarse del vandalismo a la barbarie? Las civilizaciones que han alcanzado un alto grado de cultura, no por ello están exentas de barbarie. Austria nos brindó la música de Gustav Mahler, el psicoanálisis de Sigmund Freud, el dodecafonismo de Arnold Schoenberg, pintura como la de Klimt, Schiller, Kokoschka. La capital austriaca de principios del siglo 20 es un lugar genial y al mismo tiempo fue la Viena que aclamó a Hitler, que llevó al poder a los nazis con gran felicidad. Uno se pregunta cómo en ese lugar, que en ese momento pasaba por ser uno de los más cultos del planeta, pudo arrojarse el nazismo y permitir que produjera efectos tan desastrosos. ¡Es terrible!

La cultura no sirve de mucho cuando los instintos han sido liberados, largados. La barbarie es un asunto de instintos que la cultura no es capaz de retener o contener. Si los instintos parten de muy lejos, si ha habido frustraciones muy antiguas donde la cultura no sirvió de rampa; si hubo humillaciones profundas y un cúmulo de cosas, eso hace que la gente tenga resentimientos extremos. Un buen día un dictador utiliza ese resentimiento para agitar a la muchedumbre y conducirla a donde quiere. De nada sirve haber inventado el psicoanálisis, el dodecafonismo, la pintura expresionista y mil otras cosas. Todo eso es arrastrado por el deseo de barbarie del momento.

En varios países, pero particularmente en Estados Unidos, hemos visto adolescentes que disparan contra sus compañeros de clase, ¿se puede calificar eso de barbarie?

Sí. Cuando un chico en un liceo es capaz de acribillar a 20 personas y luego suicidarse, se roza la barbarie. Si los individuos que se comportan de esa manera tuvieran la posibilidad de expresarse en el marco de una civilización bárbara, serían bárbaros completos. No es difícil imaginar que esas personas, en un régimen de tipo estaliniano, nazi o fascista, serían los destructores de masas. En nuestra lógica, es decir, la de la democracia, el liberalismo, Occidente, los individuos de esta naturaleza sólo pueden hacer daño un momento antes de ser capturados y encarcelados, pero es efectivamente un signo de barbarie.

Creo que antes había la esperanza de que con las manifestaciones podría cambiarse algo, hoy se protesta con el sentimiento de que nada se modificará, ¿es así? Pongamos el caso de la última protesta altermundista. Habría que hacer primero una pequeña sociología de los que rechazan la mundialización liberal. Entre los manifestantes anti-G8 hay militantes pacifistas, los antinucleares, una extrema izquierda casi institucional y también vándalos que sólo asisten a esos eventos para romper y destruir. Los extremistas se aparecen con cascos, capuchas, y van armados para enfrentarse con la policía, no tienen ninguna propuesta. Yo comparto el que se pueda estar contra el liberalismo, pero la idea de una pura negatividad que permite destrucción de cosas, ataques a personas, batallas en las calles y utilización de cocteles molotov, no me parece que tenga algún sentido. Hay una violencia nihilista y gratuita de gente que sólo desea utilizar la violencia por la violencia. No la violencia al servicio de una causa política, de alternancia o propuesta. Me parece que esto es uno de los signos del nihilismo de nuestra época. El liberalismo genera ese nihilismo. Y contrario a lo que los manifestantes extremistas se imaginan, ellos son producto puro del liberalismo.

Usted no conoce México pero a través de los noticieros, ¿qué le inspira la capital mexicana?, ¿qué piensa de ella?

Es un lugar ideal. Hay dos o tres países en el mundo a los que me gustaría ir y entre ellos está México. Es una nación que posee una cultura muy antigua, ardo en deseos de descubrir esa cultura. Impunemente se habla de México sólo como una megalópolis hipercontaminada y peligrosa, yo no comparto esa idea. Hay allí una civilización especial, y que es bueno para un occidental como yo, formado en la filosofía griega, europea, confrontarse a esas otras culturas y civilizaciones. Siento lo mismo con respecto a China e India. Siento que en la Ciudad de México reina el espíritu de la antigua civilización, y eso me atrae.

Michel Maffesoli

Necesidad de catarsis

En las sociedades modernas, todo tiene que ser claro, seguro, aséptico, por eso se desarrollan las formas perversas de violencia ya vistas, señala el especialista Michel Maffesoli.

"Intentemos reflexionar sobre el porqué hay esas expresiones perversas", dice el filósofo.

En casi todos los países del mundo, las manifestaciones son cada vez más violentas, ¿por qué?

Estamos viviendo lo que llamo una transfiguración política. En los lugares donde la política es muy aséptica, domesticada, racionalizada, se nota un retorno a las emociones colectivas, y en el marco de este retorno emocional está presente la violencia.

Las últimas manifestaciones en Francia lo muestran bien, no se puede negar que hubo vandalismo. Pero no debemos olvidar que en el espíritu de nuestra sociedad, demasiado aséptica y asegurada, se ha querido evacuar la parte de sombra que cada uno lleva. Pues bien, esa parte regresa con fuerza, particularmente en la muchedumbre que se siente rechazada, y eso provoca las explosiones que hemos visto.

¿Destrucción de escuelas, gimnasios, quema de autobuses, de carros?

Sí. Se pueden juzgar los hechos desde un punto de vista moral y es legítimo, pero, cuando hay un síntoma, el médico intenta saber el porqué, ¿no? Yo reitero que lo ocurrido en Francia se debe a que hemos querido esterilizar demasiado la vida social.

Si no encontramos los medios para expresar el mal que está en nosotros, éste se vuelve perverso y sanguinario. Es una idea antigua que encontramos en Aristóteles, la idea de la catarsis. Él proponía la purificación: el cuerpo individual y social debe purificarse de esa forma de agresividad. Antes todas las sociedades equilibradas tenían formas de catarsis: el carnaval, fiestas de diversión. Es larga la lista de esos eventos de purificación, de catarsis. Creo que deben canalizarse, ritualizarse las formas de violencia.

¿Y cuál sería su propuesta?

Los antropólogos nos muestran que en cada sociedad y cultura había momentos en los que la gente se desahogaba, se desbocaba, se quitaba el freno, eso permitía que salieran todas las formas de agresividad. Para mí esa es la sociedad civilizada, tiene más de civismo esa que la sociedad donde sólo prima lo racional.

En Grecia, Japón, México, donde hay una cultura tradicional y antigua, en esos países había momentos durante los cuales la gente podía desahogarse, desbordarse, ritualmente la sociedad creaba esos momentos. Y es eso el equilibrio.

Ahora en nuestras sociedades hemos querido convertir todo en calmo, limpio. Y, claro, tenemos los retornos perversos. Mire lo que pasa en Estados Unidos, es bastante sintomático, ¿no? Se ha querido asegurar tanto y es el país con mayor número de criminales en serie, asesinatos masivos, hombres

que tiran contra la muchedumbre.

Esto es consecuencia lógica de los países donde no hay una forma natural de la violencia.

Usted conoce la Ciudad de México, ¿qué piensa de ella?

Voy dos o tres veces por año a México y siempre es un placer. De cierta manera encuentro en ese país lo que acabo de explicarle. Es decir, hay un poco de desorden, pero ese desorden en términos antropológicos es el elemento de un equilibrio más global. No soy experto en México, sino un simple amateur y siento eso. Me parece que hay un equilibrio muy fuerte a todos los niveles.

Vicente Verdú

Ataque contra el sistema

Una manifestación es un acto cultural cuando existe una ideología detrás y busca la transformación social, pero cuando se llega al extremo de no creer en la protesta y estar en la disposición de romper con todo, se trata de vandalismo, señala el ensayista español Vicente Verdú.

"La cultura ha sido una herencia de un pacto social que permite a la gente vivir en paz", dice, "pero la barbarie es la ley del más fuerte".

A su juicio, ¿dónde están los límites de una manifestación?

Una manifestación es el reflejo de un descontento o de una reivindicación. La exigencia expresa de unos derechos o la presentación de un desorden que se quiere denunciar. La violencia deshace todo esto y lo convierte en un ataque contra el sistema, hay destrucción y también autodestrucción. La destrucción de bienes públicos es un acto de barbarie.

La destrucción de lo público es muy simbólica: es la destrucción de un sistema que, para quienes tratan de destruirlo, es injusto y agresivo.

Las manifestaciones son cada vez más violentas, ¿a qué lo atribuye?

En España no es así. Las manifestaciones todavía tienen un aire festivo donde aparecen payasos, hay carrozas irónicas y burlescas. Creo que el fenómeno de las manifestaciones violentas en Francia tiene que ver con la desesperación y la impotencia de un sector marginal de la sociedad que no confía ya en que una protesta pacífica produzca resultados. Entonces no se trata ya de una protesta sino de un ataque.

Mayo del 68 fue muy representativo por las manifestaciones francesas, se reprodujeron en varios países del mundo, y el fenómeno de las últimas manifestaciones parisinas podría ser contagioso a otras naciones europeas, entre ellas España.

¿Y cuáles serían las razones para que se produjera algo similar?

España tiene una tasa de inmigración altísima, esa gente vive en condiciones de mucha penuria. Madrid está llena de gente que vive hacinada y, con toda esta masa de gente viviendo en esas condiciones, llegará un momento en que algo explotará.

Las manifestaciones son para protestar o exponer una inquietud, ¿cuándo son éstas culturales, políticas y cuándo rozan el vandalismo?

Es cultural cuando hay una ideología detrás y lo que se busca es la organización de la transformación social, hay digamos, ese aspecto festivo con reivindicaciones ecológicas, sexuales, etcétera. Es vandalismo cuando se llega al extremo de que uno no cree en la protesta y está en la disposición de romper con todo.

Usted vive en Madrid y ha vivido en París, ¿cómo explica que una ciudad civilizada viva estas cosas?

Civilizada para algunos porque para otros se ha convertido en un lugar de tortura, de tormento. Las ciudades exasperan mucho a las clases sin recursos, porque esa gente ve situaciones de riqueza a las que no puede acceder. Los mayores coeficientes de criminalidad se producen como consecuencia de esas enormes diferencias sociales. La violencia no se justifica, pero se comprende.

En un modelo democrático, ¿este tipo de acciones tiene cabida?

La democracia ya no funciona como pensábamos que iba a funcionar. La democracia hoy tiene grandes lagunas que son muy irritantes: el mal funcionamiento de la justicia, diferencia entre las personas con poder y no poder. Ese es un pilar fundamental de la democracia, otro pilar sería la igualdad de oportunidades, esa igualdad empieza a estar muy averiada cuando vemos que hay diferencias tan grandes en los ingresos y en las posiciones de clase.

Seguir mitificando el sistema democrático como lo hacíamos hace años no es muy bueno. Los representantes tampoco son verdaderos representantes, se aposentán en el poder, se afianzan en él sin posibilidad de removerlos durante una legislatura. Todo esto crea un disgusto con la democracia, una desafección, que para volver a mitificarla exigiría condiciones nuevas.

Decía que en España no hay manifestaciones violentas y, sin embargo, sí hay actos contra la población civil, que son los perpetrados, entre otros, por ETA, la organización separatista vasca, ¿qué piensa?

Creo que es una locura. Como pasa con todas las ideologías, la ideología social también está sometida a enfermedades. Esas personas que reivindican un país utópico, nunca existente, deliran. Es un delirio que se ha ido retroalimentando, unas veces porque las políticas han sido torpes, otras porque la gente que integra el grupo no le ve otro sentido a su vida, más que

el continuar con las armas y la violencia. Desde todos los puntos de vista, en estos tiempos, en un país democrático no hay justificación para esos actos.

Sabemos que usted conoce México, en relación a todo lo que hemos hablado, ¿cuál es la imagen que tiene del País?

México es un país que está constituyéndose democráticamente todavía. Tiene una parte sin ley, donde se mata a mujeres y no se sabe cómo, a través de grupos de poder mafiosos y demás. Hay represiones y crímenes en el mundo rural, sobornos de la policía.

¿Como si no existiera un estado de derecho?

En cierta medida, sí. Es lo mismo que no creer en la justicia y tomarse la justicia por su mano, no creer que el Estado sea capaz de resolver el problema a través de los medios legales y entonces se utilizan las vías del soborno para obtener favores. Bueno, ya se sabe toda esa historia del PRI, ha sido una historia de corrupciones que se ha transmitido a toda la sociedad. ¡El PRI ha sido el monumento de la corrupción! Y si esa es la imagen del gobernante, ¿qué se va a esperar de los gobernados?

Periodista mexicana radicada en París

Conózcalos

- Gilles Lipovetsky (París, 1944) es filósofo y labora como profesor en Grenoble. Algunos títulos de su autoría son 'El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades contemporáneas', 'Los tiempos hipermodernos' y 'La era del vacío', en el que plantea la necesidad de estudiar con detenimiento la cultura de masas y sus movimientos.

- Michel Onfray (Argentan, Francia, 1959), filósofo y escritor que formula en su obra un proyecto hedonista ético. Ha publicado más de 30 libros, entre los que destacan 'Política del rebelde. Tratado de la resistencia y la insumisión' y 'Tratado de ateología'.

- Michel Maffesoli (Hérault, Francia, 1944) es profesor de sociología en la Universidad de la Sorbona, dirige el Centro de Estudios sobre Actualidad y Cotidiano. Ha publicado 'El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas' y 'La transfiguración de lo político: La tribalización del mundo posmoderno'.

- Vicente Verdú (Alicante, España, 1942), escritor y periodista español, se doctoró en Ciencias Sociales por la Universidad de la Sorbona y es miembro de la Fundación Nieman de la Universidad de Harvard. Entre sus libros se encuentran 'El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción' y 'Yo y tú, objetos de lujo'.

